

LOS PANTERAS



PENATENTE



~~Luis Gutiérrez Aliste~~
Ulises de los Monicongos

LOS PANTERAS



LOS PANTERAS

Inscripción: Ilegal.

© Ulises de los Monicongos - Luis Gutiérrez Aliste

® Ediciones Kuma

Primera Edición: Primavera de 2024

(50 ejemplares)

Edición y diagramación: Ulises de los Monicongos.

Impreso en Cunco tierra de cuncunas.

Financiado por Tararí y Tarará.

Dedicado a mi abuela Rosa Aliaga.

Queda estrictamente permitido hacer cualquier cosa con este texto, usar como papel de baño, para encender el fuego, leerlo, reproducirlo o cualquier cosa que se les venga en gana.

Dedicado a los jóvenes
que han muerto en alguna calle de Peñaflo

“De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso”.
Lucas 23:43

I

Sosiego
sospecha de jaguares en la noche.

La calle olía a restos de cosas y gente
el sol se escondía en alguna de las casas de la población
y los departamentos dejaban que su sombra fuera de esperanza.

En Porvenir el Juan de Dios Pantera observaba como un pelícano sobre la torre del mundo, sentado en su banca, paseando la vista por la plaza. Con ingenuidad miraba las latas y bolsas, cada pedazo de ese sitio inevitable al que había decidido llamar hogar.

Aunque sonreía, un vacío comenzaba a grabársele sobre el horizonte. El cielo, ya teñido de luz, se precipitaba sobre sus hombros y lo hacía pensar en esas cosas que solo se piensan cuando la madrugada nos halla despiertos: *«ahora somos rugido, la fiera astuta que se agita a todas horas»* murmuraba.

El Pantera quería darse a la ausencia
abandonar sus alas de carroñero
pero su corazón siempre oyó el acecho de nuevas bestias.

En la cancha los perros olisqueaban la sangre
el alma del Juan de Dios no durmió
por la noche los del Veintidós anduvieron de puercos
y hubo tormenta.

En Peñaflor hay viento todos los días
a veces son cuchillazos
a veces son balas apareciendo en lo nocturno.

II

Arriba de las rejas o tirados en el pasto estaban los de la banda
el Moisés, el Emanuel y la María
hijos todos de la Señora Gloria con el Negro
y hermanos chicos del Juan de Dios
también el Simón y los Cabros del Fondo
el hijo de la Señora de los Perros
los Cabros Chicos del Parrón
los Chascones y los Locos de los Departamentos.

La calle Porvenir era una cueva
y toda esa gente el zarpazo inimaginable de panteras.

III

En ese tiempo yo vivía en Porvenir.

La Señora de las Plantas era mi abuela y a veces tomaba cerveza en la calle. Éramos evangélicos, pero a ella le gustaba acordarse del mundo de vez en cuando. La abuela Rosa plantaba árboles y flores en la plaza. Le hablaba de la biblia al Pantera. Eso me daba miedo, no fuera a ser que el Juan de Dios se convirtiera y dejara de ser lagarto.

El cielo se llenaba de fuego en verano, la vida misma parecía derretirse sobre el asfalto, pero bajo las hojas los Panteras aguardaban como relámpagos en reposo. Lavaban alfombras para refrescarse y así se pasaban la tarde, bailando cumbia con los perros y bebiendo en torrente el vino en caja.

Eran los días del calor y andaba muchedumbre de gente en la plaza. «HARTA VIDA» decía el Juan de Dios y vigilaba que nadie del Veintidós o del Manzano, que ninguno de las Praderas o de las Vertientes se asomara. «HAY QUE CUIDAR A LOS CABROS CHICOS» dicen que decía, y les compraba helados donde la Palmenia.

IV

Siempre habrá gente mala en este mundo

El Emanuel solía sentarse en las soleras a pensar
miraba con esa cara que tienen los niños que buscan verdades en el aire
se divertía con los perros chicos que andaban en Porvenir.

Siempre habrá gente mala

La María le desenredaba el pelo al Moisés en la plaza
lo hacía chillar como cerdo con los tirones
y los Panteras se reían a carcajadas.

Siempre habrá gente

El Juan de Dios se paraba en la copa del aromo de la plaza
y desde allá miraba el territorio con sus ojos de tiraflecha
como quien empieza a contar cada pedazo del suelo por aburrimiento.

Esos fueron los tiempos tranquilos
y aunque las tormentas amenazaban
las abejas inundaron la población.

V

Había reglas escritas en la sangre
el Hijo de la Señora de los Perros lo sabía
y todos los demás Panteras.

La carne humana estaba prohibida, disparar a quien no se le sabe el rostro
y andar sin compañía fuera de la línea de sal. Ese día iba a arder más la
vida; el que tuviera por madre a la Señora de los Perros salió a pillar un
amor lejos del ojo de la culebra.

El Juan de Dios les había dicho
se las había cantado
nos la tienen jurada
y cualquier nariz de ratón solitaria
no encontrará más futuro que un apretón de colmillos.

El Emanuel no era como el Juan de Dios
lo vio irse y no dijo ni pío
dejó que el compadre saliera solo
y sabiendo, fue a esconderse bajo de la falda de la Señora Gloria.

Atolondrado, el jovenzuelo apenas convertido en jaguar brincaba como
chivato en primavera, pero se había roto una puerta y nada se pudo hacer.

El viento viene y va
y sopló fuerte esa tarde arrebolada.

Nadie recuerda el nombre del muerto en la animita
y no hay a quién preguntar.
Se habla de las piedras
de los escopetazos
de los sables rascando las veredas
pero nada se sabe del cabro de la foto ya borrada por el sol.

+

AQUÍ MURIÓ EL HIJO DE LA SEÑORA DE LOS PERROS
COLOCOLINO Y PEQUEÑO PANTERA

VI

Un huracán siempre tiene consecuencias.

Las abuelas de la calle Porvenir andaban encerradas, se mandaban mensajes con los gatos, enrollados hábilmente en sus collares. La Señora de las Plantas no tenía felino, pero el Jesús, que era del Juan de Dios, iba a dormir entre los rosales. Él le servía de espía y contrabandista.

Por ese tiempo y entonces la cuestión se puso peluda, la señora del Simón decía que los iban a encerrar a todos y la Palmenia, que vendía cigarros sueltos a cien pesos, contaba que habían matado a tres de los Pollitos del Matusalén.

Los Panteras dejaron media selva en llamas y ahora los andaban cazando. Los muertos no eran mucha cosa, pero uno era cabro chico y eso volvió locos a los caballos de guardia. La plaza estaba a una cuadra del cuartel y los puerta de nylon se daban vueltas a cada tanto.

Los otros se habían hecho fantasmas.
El Juan de Dios se mantuvo sentado en su banca
bajo el aroma recién florecido
como esperando que lo vinieran a buscar.

Las banderas de Chile flameaban en algunas casas
la plaza nunca se miró tan bonita.

Era septiembre cuando lo encerraron.

VII

La gente estaba enojada
no tanto por el muerto, sino más por el encarcelado
nadie cobra un cuerpo en casa ajena
en la tormenta un ojo se paga con otro
todos lo saben
pero alguien de los Pollitos se fue de tarro y se cagó a los Panteras.

El Matusalén andaba escondido.

Los del Manzano son gente gente
y saben que eso de hacerse la cama no se estila
le iban a sacar la mierda a palos.

Fue a hablar el Pancho Feria a Porvenir
a decir que perdóneme dama, que perdón caballero, que el hijo mío no es
mal cabro, que se había ido de boca por miedoso y tanta cosa que terminó
enviando dos camionetas llenas de sandías para la población, pero los
vecinos las tiraron al piso. Hasta mi abuela, que dice que la comida no se
bota, agarró una y la reventó contra la calle.

La banda había quedado sin la gran bestia
el Moisés era buen obedeciente
pero no servía para lagarto
y el Emanuel no era como el Juan de Dios.
Los cabros quedaron perdidos
como cuando murió el Sonrisa
o como cuando desapareció el Catete
ahora el Pantera, atornillado a alguna montaña
dejaba al rebaño como liebres saltando hacia la nada.

Ahí fue que se desaparecieron.

VIII

El Emanuel no era como el Juan de Dios, había crecido poco y tenía aspecto cobarde. Cuando niño había demostrado un apego total a su madre y no se soltaba de sus piernas. Era el menor después de la María y todos lo querían, quizá por feo o por pollo.

El Moisés y el Juan de Dios habían sido monstruos desde pequeños, encaramados en el techo tiraban piedras a las señoras para pasar la tarde. Eran malos de parto, pero con el tiempo el Sonrisa les enseñó a ser gente.

El Emanuel se quedaba encerrado, haciendo sopaipillas con las mujeres de la casa. Se hacía el tonto cuando los otros se juntaban y si lo llamaban, pretendía haber perdido para siempre el sentido del oído. El Negro se había ido de la casa años antes y dejó a los cabros ser. *Que se hagan su vida que para eso nacieron hijos del aire*, dicen que decía, y los cabros crecieron dando patadas, viviendo en la esquina justo en frente del aromo.

Ninguno había acabado el colegio
eso no era cosa bien vista para un piraña del asfalto
la María era la única que estaba por terminar los estudios.

Fue en ese tiempo que llegó el Mordisco a Porvenir.

IX

La María era en ese entonces una joven de aspecto amoroso, le decían *la porota chica* y nadie se metía con ella. Era más bien fea y aunque ninguno se atrevió nunca a decírselo, ella lo sabía, se había dado cuenta, ¡si no era tonta la cabra! Tenía un pololo en el colegio, de esos bien portados que tocan guitarra y presumen sus notas como si fuesen armas. Mi abuela le decía la Chasca de Oso, aunque nunca entendí por qué.

Los Cabros Chicos del Parrón la habían tomado de hermana suprema y la cuidaban. La esperaban afuera de la escuela y tenían órdenes de no despegársele.

Eran tres los cachorros aspirantes a Panteras
había que darles tareas sencillas
esperar
saber sentarse bajo de los árboles
y vigilar.

Aunque no andaban enfierrados, cada uno tenía sus lancetas y como avispones daban pinchazos a los soldados de otros enjambres. Eran como gatos chicos, aferrados a la vida con toda la pesuña de sus garras. Lloraban a veces, aunque nadie sabía el motivo. La señora del Simón decía que eran niños botados, que vivían solos en el Parrón y que los habían encontrado comiéndose los ratones del hambre.

Una pura vez hablé con el más chico, que era como de mi edad. Mentía, balbuceaba cosas sin sentido y no me miró nunca a los ojos. Me causó miedo más que otra cosa.

Cuando llegó el Mordisco se perdieron.

X

Los departamentos estaban divididos por la plaza
los rojos de la entrada y los celestes de más al fondo
todos los vecinos habían decidido cambiar los colores hace años
en una junta innumerable
que se hizo en la sede donde se reunían los evangélicos.

No era difícil encontrar confundidos durmiendo en camas ajenas
y para evitar problemas
y reconocer a los hijos y maridos de cada sitio
se tiraron suertes
se comió torta con café
y se pactó el cambio de fachada.

Así sería más fácil reconocer a los que tuvieran el mismo nombre
bastaría decir José de los rojos o José de los celestes
para esclarecer cualquier enredadura de cosas.

Ese es el que llegó a vivir donde la Irma de los rojos
murmuró la Palmenia, mientras hacía como que barría la calle.

Se ve que es pato malo, respondió mi abuela sin disimular el asco.

Unos días antes de navidad vi al Mordisco
lo recuerdo porque mi abuela vendía monitos de género en la feria
y me llevaba con ella en las mañanas como acarreador de cachivaches.
No hacía frío, pero el aire olía horrible
estaban destapando el canal que pasaba por afuera
y la calle estaba repleta de barro podrido.

Él estaba sentado en la plaza fumándose uno de cien pesos
como si siempre hubiera vivido en Porvenir.

XI

Años antes

el Juan de Dios visitó al alcalde de Peñaflor en su casa
entraron con el Moisés y los chascones
como sabían hacerlo
vestidos de arañas de la profunda noche.

Cavaron un agujero de miedo en la cabeza del mandril con corona
amarraron a la señora del tipo y la mantenían debajo de una frazada
a las hijas las manoseaban
como si fueran carne para un asado
y se reían con estridencia.

Había que marcar terreno

dicen que decía el Juan de Dios cuando lo cuestionaban
había que hacer asquear al mismo diablo si era necesario.

La plaza era entonces territorio abandonado
un tiradero de perros kiltros y latas de cerveza
pero cambiaron las estrellas
y hubo que hacer limpieza para traer los juegos
las veredas y bancas
los arcos de la cancha
y el nuevo asiento del Pantera.

Ahora el Mordisco se sentaba ahí
y el Emanuel, que fue el único Pantera en quedarse
no dijo nada.

A su suerte

el puesto del lagarto de Porvenir quedó disponible
y el vizcacha parecía sacar dientes de reptil
como si quisiera volverse un bestia dragón
y hacer allí nido para otros horrores.

XII

¿Cómo enamora un vizcacha abuela?

*Se amarra los zapatos y se lava los dientes
sentado siempre en posición de espera
trata de mirar más arriba del cielo
como si algo se le hubiera perdido allá arriba
luego mueve su vista entre las piedrecillas sueltas de la calle
como si buscara un recuerdo antiguo y desconocido
un vizcacha se hace león casi durmiente
como una flor naciendo de lo imposible
entonces pesca su presa
lanzada ave rapaz
como si dios no existiera
pero todo es ilusión hijo
no hay verdad en su arrojo.*

La María había visto al Mordisco sentarse en la banca del Pantera
y detrás de la ventana le buscaba los ojos
el toro viejo ya le había echado la mirada
y andaba rebuznando para ella como serafín de la locura
le pasaron el dato
le contaron que era la hermana del Juan de Dios.

*Un vizcacha siempre vendrá haciendo hoyos
acertijos y jugarretas para que se tropiecen los tontos
por eso no hay que hacerles caso
la Chasca de Oso se va a tener que aguantar después
no le va a salir muy bonita la gracia
y el Juan de Dios puede volver en cualquier rato.*

Siempre que tomábamos mate en la mesita del patio junto al rosal
la Señora de las Plantas hablaba de la gente
y era como si sus ojos vieran lo que iba a pasar
aunque a veces se equivocaba.

XIII

Todos lo sabían
en Porvenir la gente era del Colo Colo.

Los árboles estaban pintados de blanco y negro
en la cacha había banderas y símbolos de la garra blanca
el PeñaTení estaba pintado en varios portones y murallas
el mismo Juan de Dios tenía algunos tatuajes del equipo
junto a las cicatrices de puñaladas.

Cuando los Panteras se escondieron quedó todo abandonado.
El Mordisco trajo multitud del Veintiuno y esos eran de la U
se vinieron con sus propios signos y colores
era cosa de invasión.

Nunca se había visto tanto azul en esas calles.

La María había dejado el colegio
y andaba a la rastra del diente de oro
enamorada la pobre, como se enamoran los muertos.

El Emanuel no era como el Juan de Dios
y como que empezó a juntarse también con el techo de pizarreño.

En la población ya no se hablaba de jaguares
ya no había uñas ni dientes
nuevos perros anidaban bajo las piedras
y en la cancha comenzaron a borrarse los viejos nombres.

XIV

Por mucho tiempo no hubo tormenta
y eso no era más que anuncio de malas cosas.

El Jesús Gato se había venido a vivir donde mi abuela
se lo estábamos cuidando al Juan de Dios
para que cuando volviera no lo hallara muerto
o vuelto de otro dueño.

Era un gato de pelaje negro y de costumbre muy manso. En las noches dormía conmigo y ronroneaba. Los tres seguíamos la rutina de todos los días, escuchábamos radio y jugábamos a las cartas tomando mate y comiendo pan con queso.

Donde la Palmenia se juntaban a diario las viejas y las no tanto conversaban de los maridos y hacían chismes que volaban como nubes. Por ese entonces se hablaba de que el Juan de Dios iba a escaparse y la señora de las plantas oraba para que fuera cierto se aburrió de ver al Mordisco sacándose los mocos en la plaza.

El Emanuel no hablaba mucho
después que supo que la María estaba embarazada del vizcacha comenzó a juntarse con los churrete de mosca.

El barrio se llenó de cuervos sin diente
nadie bailaba cumbia con los perros
y comenzaba una repentina espera de jaguares entrando en la espesura.

Una mañana la mitad del rosal se había marchitado
la señora Gloria hacía sopaipillas para la gente nueva
y ahí fue cuando se escuchó que venía el viento.

XV

Mataron al Moisés.

Más heridos que panteras
la banda del Juan de Dios regresó a Porvenir
parecían haber muerto unas sesenta veces en el camino
y se mantenían en un silencio espantoso
que enfriaba el aire en el almacén de la Palmenia.

Nunca dijeron de dónde volvían
y no revelaron a nadie el sitio ni las circunstancias de lo ocurrido
decían que iban a esperar al Juan de Dios
que no faltaba mucho para que los acompañara.

Era temprano y los del Veintiuno no habían llegado a la plaza
el Mordisco dormía en la casa de la Irma de los rojos
y solo las señoras que iban a comprar marraquetas con chanco
acompañaban a los Panteras y trataban de curarles el alma.

Abuela Rosa ¿Qué va a pasar ahora?

Nosotros nos levantábamos temprano
y los vimos descansar tirados en el piso
algunos dormían respirando con una pesadez que impacientaba
otros temblaban más de hambre que de frío
parecía que todos se iban a morir en unas horas.

*Hoy va a haber tormenta
anda a recoger la ropa.*

La Señora de las Plantas creyó que ese era buen momento
comenzó a hablar en lenguas, como lo hacen los evangélicos
y danzaba
yo fui a descolgar mis pantalones recién lavados
y los manteles que usábamos en la mesita del patio.

XVI

El Emanuel despertó esa mañana con frío
agosto es el mes de los barriales helados en Peñaflor
y las aves desaparecen volando hacia lo secreto.

Cuando el Pantera Chico entró en la madriguera y vio a las fieras
durmiendo, sintió cerrarse el mundo. La montonera de pieles devuelta en
la cortina de sal solo podía significar una cosa, el lagarto andaba cerca.

En secreto
el Emanuel había vivido sus mejores días
olvidó el dolor constante de verse pequeño, protegido
y sentía un orgullo desconocido siguiendo al Mordisco
como si sus manos sirvieran para algo más que espantar moscas.

Todos los Panteras dormían
podría haberlos matado ahí mismo
podría haberlos echado al agua
pero se fue
y encerrado en su cuarto fingía dormir.

El Emanuel no era como el Juan de Dios
prefería escaparse de los tornados
y hacerse piedra perdida en las alcantarillas de su temor
siempre inquieto, callado, a la sombra de sus hermanos.

Nunca lloró la muerte del Moisés
y parecía molesto cada vez que alguien le daba el pésame
traicionó la sangre por seguir a un techo de pizarreño.

El Pantera no llegó esa vez a Porvenir
la tormenta fue otra cosa terrible
que se levantó de lo inesperado.

XVII

Las termitas habían comenzado a herir el aroma de la plaza en ese entonces. Las bandas de Peñaflor iniciaron incursiones, terremoto de navajas y pistolas. De noche o de día, en el Veintidós y en las Praderas había guerrilla. Incendios de casas y niños llorando. En las Vertientes los Charchazo de Monja habían cerrado la calle. Eran tiempos de alas negras.

Movimiento de suelos, decía mi abuela pegada a la ventana.

El Mordisco recién se había levantado
los Panteras roncaban encuevados donde la Palmenia
los del Veintiuno ya estaban en la plaza
y el Emanuel, que no era como el Juan de Dios
estaba petrificado en un sueño como de muerto.

Ahí fue que llegaron y mataron al vizcacha.

XVIII

Los Pollitos del Manzano siempre habían sido carne amarga
el Matusalén había guardado rabia
y empezó a hacerse amigo de otros lagartos
hizo alianzas con los de la Nueva Peñaflor
con los del Prado y con los de la Copa
empezaron a atacar a los del Veintidós
que ahí era donde estaban los más cocodrilos.

La tormenta grande había comenzado
y en Porvenir había puras ratas aladas
con ánimos de arrancarse.
Los del Mordisco eran gente venida a menos
carteristas y ladrones de poca monta
empezados recién en las artes del forcejeo de candados.
Sabían pelear, pero eran manada chica.

Los Panteras sin rey no tenían fuerza
y la Palmenia no los iba a dejar salir
apenas vio al lagarto de los Pollitos entrar en Porvenir
cerró el negocio.

¿Por qué vinieron para acá abuela?

*Todo lo que ha pasado es porque no le hacen caso al Señor, hijo
No tomen venganza
sino dejen el castigo en las manos de Dios.
Así dice la biblia
y si lo dice la biblia es verdad.*

Ahora quizás cuántos van a morir.

XIX

Levántate, Emanuel
la vida va a estallar.

A la María ya se le notaba el embarazo
no se había ido a vivir con el Mordisco
porque la señora Gloria tenía miedo de que la noche se la llevara de pronto.

Levántate, Emanuel
la vida está temblando.

La María lloraba, se había enamorado como sapo
y en el rincón más secreto de su corazón
el temor del vizcacha muerto
le hacía romper el alma.

Levántate, Emanuel
la vida se está haciendo aire.

La Chasca de Oso era una mujer sin freno
pateaba la puerta del Pantera Chico
y dejaba que sus manos golpearan hasta el dolor.

Levántate, Emanuel
la vida ha comenzado a desaparecerse.

Derrotada, la María se dio cuenta.
El Emanuel no era como el Juan de Dios.

XX

¿Has visto alguna vez una bala atravesando la cabeza de un cristiano?

Demonios, no personas, decía mi abuela.

Entraron en Porvenir y el vizcacha se hizo el choro
con machete en mano se plantó en la puerta de la cancha
pero las tormentas en Peñaflor dependen de la astucia
y el Mordisco no supo hacerla
se lo pitearon por cuero de león.

Los del Veintiuno corrieron a todo trote
unos a pelear cual jabalíes recién comidos
otros escapando como mulas que han visto la muerte.
Esos fueron los que quedaron vivos.

Borrarón las marcas de los Mordiscos
pusieron sus propios signos
mearon en la plaza
y se fueron.

Los Panteras ni se habían despertado
fue lo mejor.

XXI

La población seguía siendo nido de hormigas.

La madre de los Chascones
la de los Cabros del Fondo
la de los Locos de los Departamentos
y la señora del Simón
se juntaron donde la Palmenia con mortajas de lana
y con la delicadez de quien cuida lo que creyó perdido
levantaron a los mugres tirados por el piso.

*Tenemos que hacerles hoyos para que duerman tranquilos
los panza agusanada van a andar terrible
y a estos el alma se les quedó en otra parte
hay que esperar que se les devuelva.*

Todos sabían que no faltaba mucho para que volviera el Pantera.

Las mujeres de la población eran arañas anunciadoras de cosas
y fueron a poner la amenaza
*que el Emanuel se quede dónde está, dicen que decían
que no se le vaya a escapar ni un maullido, ni una morisqueta.*

Ya era la tarde o la noche
cuando llegó el temor de un nuevo peligro.

Mi abuela
sentada entre los cardenales rojos
cazaba caracoles
y decía cosas que no eran para mí.

XXII

Porvenir había quedado a su suerte
sitio vacío, sin dueño ni reclamante
las ánimas de los muertos se congregaban a ratos
y jugaban con los perros medioabandonados.

Los evangélicos regresaron a la población en una especie de desfile
así la María y la señora Gloria encontraron consuelo para sus pérdidas
las promesas suenan bien cuando tu alma ha tocado fondo
y en la casa del Juan de Dios se armó una improvisada iglesia.

Mi abuela decía que nunca se iban a convertir de verdad
que esos no eran más que aprovechadores del Señor.

La plaza era rondada por los Chacales del Cara de Monito
pasaban a cobrar el impuesto a los vecinos
mandaban gente a pedir comida
y celebraban casamientos en la cancha de vez en cuando.

Los Panteras habían recuperado algunas fuerzas
pero todavía no podían ser ola que avanza.

*Aguardaremos a que la luna crezca
y a medianoche volveremos al aroma
como una garra agazapada a la sombra, dicen que decían.*

XXIII

El Emanuel no hablaba con nadie
perdió toda claridad del mundo
se mantenía en su cuarto
apenas se bañaba
y cuando iba donde la Palmenia su olor a jauría era insoportable.

Una mañana se amaneció en la plaza
los Chacales del Cara de Monito se andaban dando la vuelta
y lo pillaron vomitado
con lágrimas en los ojos
ahí fue que lo molieron
le reventaron la borrachera a patadas
y perdió un diente.

Lo dejaron tirado como muerto
y habría querido morirse
perder el nombre
la historia
la cara.

El Emanuel no era como el Juan de Dios
y eso fue lo que atrajo al pastor Velázquez
por alguno de estos demonios hay que empezar, dicen que decía.

Así lo enamoraron
con promesas y canciones
hasta la hermana Celeste
que se había percatado de que le miraba las piernas
lo trataba como se trata a la gente.

XXIV

Vengan a abrirle la puerta al perro.

XXV

El Jesús Gato se había desaparecido
mi abuela decía que quizás el Señor se lo había llevado
para convertirlo en nube.

Ahí fue que empezó el movimiento de gente
estaban preparando la avalancha.

Los Chacales del Cara de Monito venían de la Nueva Peñaflor
en las tardes o a media mañana
en las rondas aprovechaban de vender la mercancía en pequeñas bolsas.
Cuidaban con delicadeza el oficio de comerciantes
así se habían ganado amigos en los rincones
y hasta en la Porvenir se escondían pequeños musgos
que llevaban sus marcas.

Las pasiones empezaron a romperse
una tribu de caracoles jamás se mantiene junta.
Pollitos y Chacales no se llevan los mismos premios
y en el temblor de la noche
un poco de aire empezó a correr en sus venas.

Después de la muerte del Mordisco se marcó frontera
y la madriguera de los Panteras estaba en medio.
Pero había conflicto entre dormilones
y los que se habían hermanado
ahora andaban gruñendo entre las rocas.

En Peñaflor las cosas son levantadas por el viento
y ya empezaban a correr ventiscas que anunciaban lo malo.

XXVI

El agua nunca dejó de pasar bajo Porvenir
el canal siempre sucio rezumaba pestilencias de barro podrido
en meses nadie vino a limpiar la porquería
y se acumuló como un bulto en el corazón de la gente.

Pero ya era septiembre y había flores de primavera
las aves reemplazaron al silencio
y en la plaza el aroma grande mostraba sus grumos amarillentos.

Él estaba sentado en la banca ese día.

La inmensa águila observaba
como quién mira el mundo recordando su infancia.
Vuelto tierra, más aire que muerto.

En su sitio el Pantera fumaba uno de a cien
iluminado por la primera luz de su regreso.

El Jesús Gato ronroneaba subido a su espalda
y le bajaba avecillas de los árboles para alegrarlo.

La población tenía a su lagarto
y el viento movía a las piedras de su sitio.

XXVII

Los primeros en saberlo fueron los Chacales del Cara de Monito
el Perro Nuez y la Margarota soltaron el tarro
estaban curcunchos de endrogados
y balanceaban sus almas como monos entre las tonteras.

El Jesús Gato avisó a los de su calaña
y pronto todas las señoras sabían que el Juan de Dios estaba vivo.
En Porvenir creció una estrella que se llamaba peligro
porque la tormenta decidora de cosas estaba por aparecer.

Los Panteras se ocuparon de barrer la cancha
de pintar los arcos y bancas
volvieron a poner las marcas de sus uñas
y la bandera de Colo Colo junto a la de Chile.
Mi abuela salió a regar las plantas de la plaza
y habló algo con el Juan de Dios que yo no pude escuchar.

La Palmenia regaló helados
los vecinos salieron a pintar los árboles de blanco y negro
«HARTA VIDA» se oyó decir al Juan de Dios
mientras los perros se acostaban cerca suyo.

Los Chacales no se dieron la vuelta del día
y dicen que el lagarto Pantera pidió juntarse con los del Veintidós.

Mandaron a buscar por todos lados a los Cabros Chicos del Parrón
pero estaban ausentes de todo.

La señora del Simón decía que se habían perdido en los cerros
que ella los había visto subir una tarde
cuando la Virgen brillaba en abril
pero era buena para meter chamullo de zarzamora
y nadie le creyó.

XXVIII

El Emanuel no era como el Juan de Dios
y el que más se daba cuenta era él.

Entregó su vida al secreto de la iglesia
y encerrado en una repentina fe
sanó las heridas de su rostro.

Se enamoró del vínculo esperanzador de los hermanos
pobre alma sin rumbo encaminada en cualquier cosa
soltó dentro de sí una locura que torturaba sus deseos maliciosos
ensimismado en la marca de la muerte alada
presentía no querer desasir el nudo del odio
y era eso lo que le pesaba cuando abrazaba a la Celeste.
Ella le decía, *el Señor podrá darte la paz que tu corazón anhela*
pero en sus intenciones estaba jurado lo terrible.

El Emanuel no pensaba en la paz
y sus embestidas querían ser las del rinoceronte.

¿Cómo enamora un cobarde abuela?

*No hijo, un cobarde nunca enamora
se dedica a causar penas que arrastran
haciendo crecer su lástima como árbol quemado
entonces hay quien cae como puerco encerrado en la paciencia
cuidando y cuidando hasta que no se puede escapar.
La chiquilla esa de la iglesia se está volviendo cruz de palo
para que el Emanuel llore toda esa ausencia que le provoca no ser nadie
así un día la arrinconará y le hará un hijo.*

La abuela Rosa siempre hablaba como si dijera la verdad
pero a veces, sin echárselo en cara, la pillé enroscada en sus mentiras.

XXIX

El aire se acumulaba girando sobre Peñaflor
como una espiral secreta que llamaba a la muerte
donde quiera que mirara el alma hallaría la tensión de su espíritu
arena y sal, restos de petróleo y aceite
la calle ardía cobrando vida de culebra tiritante.

Fue entonces que comenzó el concierto de lagartos.

En la Nueva Peñaflor cantó el Cara de Monito
en Malloquito cantó el Pescazo Leso
en la Copa cantó el Arturo
en el Prado cantó el Chicoco
y en el Manzano el Matusalén de los Pollitos.

En las Praderas cantó el Pajarón
en Malloco cantó el Guata de Perro
en el Veintidós cantaron el Molleja, el Pesaito y los Chumbos
y en las Vertientes cantó el Guatón Gonzalo.

En medio de tanto griterío
en la frontera que era Porvenir
cantó junto a sus hombres el Juan de Dios Pantera.

La gente se guardó
acurrucada, esperando lo que iba a suceder.

El Juan de Dios y los Panteras sabían que esta era la definitiva
la de ganar o morir
se juntaron en la plaza a comer pan con chanco y mayonesa
el rigor estaba dicho
los disparos al cielo anunciaron el fin del mundo
y en nuestra casa entró el Jesús Gato
acurrucándose en las piernas de mi abuela.
como diciendo, *ojalá no mueran todos.*

XXX

Muy de vez en cuando las cosas pierden su peso
despojadas de todo mal se encumbran hasta ser el cielo que coletea
la amenaza dice que el que se levanta morirá
el pavimento no fue otra cosa que un río de vino mezclado con sangre
basura y agua
cuerpos como troncos enlodizados con la grasa de sopaipillas.

La población era un ángel que gritaba el poder del Señor.

La muerte se volvió un mosco que volaba sobre el contenedor de basura,
observó los balazos, los combos y el hachazo devorador de juventud.
Un mar de muertos, caídos a montón
entre las grietas húmedas de los callejones.

Las gentes todas aullaban pegadas a las ventanas
el estrépito de lagartos y chinchillas hacían del mundo un estallido
un revolcar de piedras en el aire.

La tormenta creció hasta lo infinito
como un ronquido triunfante del horror.
Entonces se desbandaron los homicidas
y lanzaron a perros y chacales.

Panteras y rinocerontes repletaron de estampidas la ciudad.
Era cosa de no verse
era como para morir de puro susto.

Mi abuela oraba en una lengua despavorida
inintendible para mí.
Los van a matar
los van a matar a todos.

Fuego, temblor de algo enorme
sobre el cielo una luz de medianoche pareció brillar
y en el fondo del espíritu de Peñaflor se batieron las alas de polilla.

Nunca algo así
los carniceros pagados ni vueltas se dieron
ni los boina de inquisidores
sin ley ni juicio habían quedado a la del quizás
que sea lo que sea
mañana vemos cómo recogemos el tirajo.

Porvenir se había convertido en avenida de tragedias.
En carretones trasladaban a los muertos
de allá para acá los que estaban marcados se escondían
pero el lazo no tardaba en caerles por el cuello.

El Simón fue el primero
enhebrado en las manos del Paquitoquinientos.
Murió gritando el nombre de su esposa.
Ella lo escuchó seguro
todos lo escuchamos.

El loco Samuel de los chascones
que era un Pantera de buen pelear
lo vengó en el parpadeo mismo
y ahí siguieron
como llevados y azotados
en la interminable redondela que daba el viento.

Tirados ahí más que buscándoselas
acabaron correteando en caballo a los chiquillos
era la de ver morir a toda esa gente
y el griterío de heridos dio paso a la balacera
a una quemadura de casas
como nunca hubo en Peñaflor.

Casi antes del amanecer el Juan de Dios se encontró con el Matusalén
allá en la cancha de las tres muertas
donde todavía dicen que se aparece el diablo.

XXXI

El aire comenzó a disiparse
la tormenta se fue a esconder entre las fosas del cementerio
en el arranque del día se descubrió el tiradero
se contaron lagartos, perros y chiquillaje
algunos mirones y otros accidentales que no tenían culpa.

El Matusalén, molido a puñaladas
buscaba un poco de agua
arrastrándose por el Manzano.

El Pancho Feria lo vio primero.
Se va a morir usted hijo
ahora sí que la cagó.

El Juan de Dios volvió a Porvenir
traían cinco muertos a los que llorar
y los lloraron.

Las liebres comenzaron a correr
la gente debía ir a sus trabajos evitando pisar la sangre
saltando sobre los pedazos todavía palpitantes en la acera.

¿Y ahora qué pasará abuela?

Habrà que recoger las flores muertas y sepultarlas
no hay que dejar que sean alimento de ratones
o se nos llenará Peñaflor de peste.

Los funerales grandes de los Panteras acabaron en fiesta
el Juan de Dios estaba a la cabeza
en la mesa larga que hicieron en la plaza.
Nos dieron completos a los niños
y a los grandes vino y cerveza
pero nadie estaba alegre.

Ni el Emanuel ni la María salieron esa tarde
la iglesia les había robado el corazón de pillos
y se quedaban en casa mirando esa nada que ocupa
la vida de quien no tiene sueños.

Mi abuela nos llevó a cada uno en cada brazo
el Jesús Gato en el derecho y yo en el izquierdo
cruzamos la calle todavía sucia por el barrial
para llevar flores que adornaran los ataúdes.

Esa fue la única vez que el Juan de Dios me habló.

Medio borracho, tambaleándose
el Pantera parecía más un animal perdido que un hombre dueño de
hombres. Tenía ojos adormecidos y parecían los de alguien de más edad.
Era como ver de cerca todo el peligro junto. Ya no recuerdo qué dijo, pero
su voz era como la de quien espera el momento de rendirse.

No pasó mucho para que volvieran los jinetes a marchar.
Otra vez el aire empezaba a acariciar los tobillos de la población
y los vinieron a buscar para terminarlo todo.

Los lagartos que quedaron fueron a la Porvenir
Esta es la final final, dijeron
la noche nos llama
tenemos que entregarle cadáveres al mundo para que no chille
no cabemos tantos aquí
hoy se acaba
es el fin.

El Juan de Dios no respondió nada
se hizo el sordo y quedándose en Porvenir
quebró el pacto con los demás lagartos.
Los otros Panteras se quedaron a regañadientes
sabían que los iban a tomar por cobardes
y eso era cosa mal vista para un piel de bala.

El Juan de Dios se cruzó de brazos
y dejó que se levantara la polvareda.

Que se mueran si se quieren morir, dicen que dijo.

La Palmenia le fue a regalar tres cajas de cigarros
mientras le pedía que fuera a ayudar a los burros en choque.

*Por favor, Juan de Dios, anda, qué si no, nos van a venir a agrandar la
pena y el miedo se convertirá en nuestro pan.*

El Pantera le recibió las cajetillas
pero antes que ella se fuera, se levantó
le echó en los bolsillos unos billetes arrugados
y le dijo, *quédese con el vuelto*.

La última tormenta que corrió en Peñaflor
no fue como las otras.

Sin riendas
desbocados animales
fueron a puro hacerse daño
todos los lagartos acabaron muertos
los otros, los perros chicos y medianos
quedaron dispersados por el campo
lanzados de aquí para allá
sin banda ni familia
sin tierra ni callejón
sin escondite al que llamar suyo.

Desde entonces
los que no sabían nada
comenzaron a llamar Juan Duro al Juan de Dios
porque fue el único lagarto que no murió.

XXXII

El Emanuel no era como el Juan de Dios.
Después del casamiento
se había acomodado en la casa con la Celeste
abrieron el cuarto que solía ser del Moisés
y sin ningún síntoma de culpa
echaron a la basura las cosas del muerto.
La señora Gloria no era madre de sentimiento áspero
y se dejaba llevar
como un cordero plácido
que ha decidido replegar sus defensas.

Los recién casados soñaban tener hijos pronto
primitos para que el Mordisco Chico no se criara solo.
La María se había emparejado con un hermano de la iglesia
era un señor fornido de apellido Rosales que trabajaba en una zapatería
y también vivía en la casa.
El hijo del vizcacha nació con las señas del pizarreño en el rostro
apenas sonreía
era una guagua fea.

La Celeste fue una mujer de entraña sensible
sintió asco la mayor parte de su vida en Porvenir
solía llevar un pañuelo perfumado para olerlo a cada tanto.
No soporto el olor a muerto, decía.
Se quejaba mucho de los dolores de cabeza
y no salía más que para barrer la calle o comprar el pan.

Dentro de la caverna
el Emanuel rasguñaba las paredes
de la nada se oscureció esa pequeña luz que buscaba florecer en él.
La llegada del Pantera había sido lo terrible
y los hermanos de la iglesia lo sabían.
Se fueron de a poco, en piños, de dos en dos
hasta que no quedó ninguno.

El Juan de Dios era una bestia tremenda a sus ojos
les molestaban sus formas
les intimidaba su dentadura y el aliento de sus puños.
El pastor Velázquez volvió a la sede con su gente
se llevaron las cosas
aunque el Pantera se robó para sí una de las bancas naranjas.
Entonces, la que se habían llamado tantas veces casa de Cristo
quedó deshabitada
en la completa soledad
de aquello que ha perdido su esperanza.

El Emanuel lloraba como gato perdido
y le juraba a su evangélica que él nunca había sido como el Pantera.
La vida se le achicó
como acortada por el aire ausente
que según sus cálculos se tragaba el Juan de Dios.

La Celeste cedió a las lágrimas
temía que de alguna forma su final fuera una grieta en la tormenta
pero el clamor y las promesas al Señor fueron más fuertes que su miedo.
Se había amarrado a un hombre sin sueños
que apenas respiraba por sí mismo.

El Juan de Dios no entraba en la casa más que para dormir
se la pasaba en la plaza o en el negocio de la Palmenia
vigilaba todavía
como esperando que alguien viniera a vengarse
cuidaba, pero sonreía.
Guardaba una secreta vergüenza en lo profundo de su abismo
y pensaba de vez en cuando en el día de su muerte.

Los otros Panteras comenzaron a bajar la guardia
y hasta alguno se enroló en trabajos honestos.
El lagarto se aburría por la paz y rogaba alguna amenaza
buscaba pelea
pero ya no había contrincantes.

Se fue quedando solo.

Quemado por la revancha de su destino
no se hallaba en el mundo
en esa pequeña población que se había desarmado y vuelto a armar.

Entonces, pieza inabarcable
rondaba sin rumbo los escondites de su recuerdo
con la esperanza de encontrar algún llanto que lo sanara
algún puñetazo que de alguna manera lo salvara de tanta angustia.

A veces pretendía dormir
o sacaba cáscaras del aroma apolillado
comido a grandes piezas por las termitas.
Pronto te irás de mí, le decía al árbol
y algo como una sombra parecía desprendérsele del rostro.

¿Cómo enamora un Pantera abuela?

*Un lagarto no tiene amores, hijo
menos si es un hombre huacho como el Juan de Dios
a ellos la vida les pesa demasiado y los abandona muy pronto.
Sus amantes les pierden la huella a parpadeos
y antes de que alguien los atrape entre las flores
se han desaparecido.*

*Un Pantera como el Juan de Dios nunca se va a enamorar
más que de las cosas y de la gente
o de su propio nombre
gritado en el alboroto rabioso de la tormenta.*

El Emanuel no era como el Juan de Dios
se la pasaba engañándose con sus ideas del infierno
arrinconado, dejando que las pesadillas le comieran el alma.
Ya era un hombre
y sus manos habían crecido para ser habilidosas
pero el miedo las hacía torpes
nunca vas a robar una billetera, se decía para torturarse
y así se hizo moscardón que no pica.

El Juan de Dios jamás lo miró con malos ojos
era su consentido
lo había visto nacer en la casa
pocos días después de que el Negro se fuera.
Siempre que hablaba de su hermano chico contaba con asombro
que no había llorado ni un poco al nacer.
Pero el Emanuel se avergonzaba de esos cuentos
los desmentía y se burlaba de su hermano grande
como nadie se hubiera atrevido a hacerlo jamás.
Lo odiaba más de lo que amaba cualquier cosa en el mundo
ni la Celeste
con esa sonrisa de mariposa
pudo sacarle la rabia del pescuezo.

Un día el Juan de Dios se aburrió de comer solo
de estar ahí botado.
Los Panteras se habían hecho humo
vestidos y encartuchados se dedicaron a vendedores
o llevadores de sacos
hasta los chascones se cortaron la melena
y se emplearon en las construcciones nuevas de Peñaflor.

*Los Panteras somos nosotros Emanuel
los únicos jaguares que quedan en la Porvenir
y tenemos que defenderla.*

El Pantera Chico lo miraba sin responderle
y debajo de la mesa ocultaba el apretón
que casi le hacía sangrar las uñas.

XXXIII

El Juan de Dios no era como el Emanuel
pero él no se había dado cuenta.

Cuando volvió a la casa
el lagarto de los Pantera hizo como si nunca se hubiera ido
si le preguntaban por el encierro o por los muertos
aguardaba un instante
respiraba profundamente y decía
*en la cárcel no conocí a mucha gente
nos daban buena comida de vez en cuando
y nos dejaban jugar a la pelota los jueves.
Los muertos ya son del aire
y no hay que despertarlos por puro gusto
no vaya a ser que un día nos encuentren hablando de ellos
y decidan esconderse para siempre.*

La señora Gloria no sabía hablarle
y lo trataba como se trata a los perros que no son de uno.
No lo esperaba para comer
le dejaba alimento aparte
en pocillos escondidos entre los rincones.
En secreto su hijo Juan de Dios la hacía sentirse rabiosa
no podía olvidar esa tarde que hizo sopaipillas para los Mordiscos
ni la felicidad del Emanuel
o la sonrisa de la María
ella misma se pensaba contenta
y recordaba haber rogado al Señor que no volviera ningún Pantera.
Nunca quiso a los dos primeros
se le hacían demasiado parecidos al Negro
los encontraba muy bestias
demasiado animales para la vergüenza.
*Mala, susurraba rasguñándose por dentro
mala y más que mala.*

Ya corría el invierno por entre las piedras de la plaza
los corazones se dejaron abrazar por el frío del mundo
y en la soledad de sus pensamientos
el Juan de Dios se dejó ir.
Dentro de la casa comenzó a reparar las cosas
barnizó los muebles y cambió las chapas de las puertas.
En unas semanas la casa había sido pintada
y el patio tenía un pequeño jardín con plantas y arbolitos.
El Pantera, no salía más que para fumar o jugar con los perros
se iba derecho donde la Palmenia y se pasaba la tarde en la plaza.
Comenzó a realizar trabajos en la población
y pronto las casas recuperaron algo de la belleza perdida con los años.

La Celeste había olvidado el temor
el Pantera no era una bestia sin palabras
y podía darse a entender con la sonrisa de su boca
a veces se topaban en el patio, o a la salida del baño
alguna vez se lo encontró mirando por la ventana hacia la plaza
o saliendo por el portón hacia donde la Palmenia.
No es tan malo, intentó pensar
y el Emanuel, que tenía el presentimiento de que lo malo pasaría
empezó a seguirle los ojos a su esposa.

Pobre Celeste, atormentada ahora por los celos
noches enteras sin dormir por la impaciencia
por la desgracia atiborrada de murmullos y salidas airadas de la habitación.
Empezó a comerse las uñas y evitaba lo más posible cruzarse con su
cuñado. Cuando el Pantera comenzó a sentarse en la mesa de nuevo, la
persecución aumentó la marcha. A veces se le escapaba una sonrisa,
cuando el Juan de Dios contaba las historias de la infancia, y era castigada
por la mirada de un Emanuel convertido en toda la rabia que se puede
sentir.

Mi abuela estaba enterada de todo el asunto gracias a la Viuda del Simón.
Ella era la administradora en jefe de los cuentos e historias de la calle
Porvenir. Que, si la Susana de los celestes se había ido de la casa, o si la
Señora Mirta madre de los Chascones andaba a duras penas con el pago

de los fiados. Llegó a ser tan extraordinaria su habilidad para saberlo todo, que cuando a don Julio de los rojos se le cayó el último pelo de su cabeza toda la población lo sabía en un par de minutos. *Usted debería haber sido periodista*, decía mi abuela riéndose.

Uno de esos días de agosto
cuando Peñaflor amanece congelado
se oyó al Emanuel gritando despavorido
arrancándose de algo.

Mi abuela ya estaba entre las plantas cuando salí de la casa.

¿Qué pasa abuela?

Cállate niño.

El Emanuel corría resbalando por la calle
detrás lo seguía el Juan de Dios Pantera con una correa.

La Celeste lloraba tratando de tapar el ojo morado.

Donde la Palmenia se juntaron las hormigas a bordar la historia
la chiquilla estaba embarazada.

El Emanuel se transformó en acusador
y temía el horror de ser padre del hijo de su hermano
a golpes intentó sacarle una verdad que solo estaba en su cabeza.
Cuando el Juan de Dios escuchó los gritos
hizo la del azotador de caballos
y lo persiguió hasta que se perdieron de vista.

*Hay que dejar que los burros rebuznen en el cerrito
ya bajarán buscando comida*, escuché decir a mi abuela.

El Juan de Dios no era como el Emanuel
su voz se había hecho pesada
llevaba meses sin mentir
y en los ojos tenía como un brillo de adivino.

El Emanuel no era como el Juan de Dios
su cuerpo se había ensanchado
dentro suyo llevaba el infierno
y su corazón estaba al borde del estallido.

Pasó un tiempo, y era otra vez primavera.

El día de su cumpleaños el Pantera entró en la casa con una torta.

El señor Rosales, hizo la oración

era un buen sujeto, trataba al Mordisco Chico como si fuera suyo

y la María se veía de buen dormir

con el alma ligera y la esperanza crecida.

El Emanuel era otro cuento

se sentó en el sillón y no comió nada

leyendo la biblia en voz alta, parecía resaltar las partes en las que se habla del adulterio y de los malos hombres. El Juan de Dios lo escuchaba a lo lejos, como si la distancia entre ellos empezara a crecer en cada palabra.

Generación maldita, dijo finalmente el Emanuel.

Después, como si nada, subió para acostarse

y detrás de él, con el rostro como desaparecido, se fue la Celeste.

Por ahí fue cuando murió el Jesús Gato.

El Juan de Dios lo fue a enterrar en la casa de mi abuela

delicadamente hizo un agujero para él entre las rosas y el arbolito chico.

Aquí te quedas gato mañoso, dijo

y le dio un beso al animal antes de guardarlo en la tierra.

Yo trataba de aguantar las lágrimas.

El Pantera sonreía

ya acostumbrado a despedir lo que no vuelve.

Al Jesús Gato lo envenenaron, dijo mi abuela

los gatos como este no se mueren tal que así.

Pero el Juan de Dios poco caso le hizo y se fue como llegó.

Se le veía triste

sentado en la plaza

roncando a ratos sobre el pasto

nadie más que los perros

y alguno que otro niño curioso se le acercaba.

Los lagartos habían pasado a la historia
y en Peñaflor las tormentas no volvieron a ser amenazantes.

Se desarmaron las jaurías
los perros ahora andaban de a dos o en solitario
era más fácil encontrarlos rascándose las pulgas en las comisurías
que verlos por las calles de peleoneros.
Las poblaciones habían dejado atrás los días de furia
y ahora los saqueadores eran mal vistos en todas partes.

El Emanuel tramaba sus cosas en secreto
algo iba a pasar
su cara lo decía.

Corrieron los aires dentro de la casa de los Panteras
algo se despedazaba en el silencio de las cosas
una amenaza
la María trataba de hacer tratos con el Emanuel
y le llevaba chocolates a la Celeste
la Señora Gloria se había atrincherado en la cocina
y el Juan de Dios comenzó a dormir afuera
en el cuarto donde antes estaba la iglesia.

En una noche intranquila
el Emanuel soñó que el Juan de Dios tocaba la barriga de su esposa
por su cabeza pasaron una infinidad de ideas sobre lo que hacer
tramó los procedimientos y calculó las consecuencias
lo había decidido, sabía exactamente qué y cómo lo haría.

Pero el Emanuel no era como el Juan de Dios
tomó en cuenta demasiadas cosas, al punto en que se vio cercado por sus
presunciones y no pudo concretar sus planes de inmediato. Iba a esperar el
momento preciso, después de que la María se fuera de la casa, o después
del nacimiento del Emanuel Chico, o luego de la muerte de la Señora
Gloria. No sabía cuándo, pero iba a matar al Juan de Dios.

Nadie estaba despierto
cuando cortaron el aroma de la plaza y otros árboles.

Mi abuela se puso a llorar
recordaba que todos habían sido pequeños un día
decía que no había derecho de cortarlos

Malas señales

dolores que vienen.

Y no dejaba de soltar lágrimas.

El Juan de Dios se sentó en la banca ahora desierta
miró el horrible espacio y sintió revolvérsele el estómago.
Los perros estaban viejos o se habían ido a otros sitios
solo gorriones y palomas volaban en Porvenir
y alguno que otro gato sin dueño corría por las panderetas.

A la Celeste ya se le notaba la preñadura
la Señora Gloria y la María la hacían tomar el sol
y salían las tres a caminar por la plaza o alrededor de la cancha.
El Emanuel trabajaba con el Rosales en la zapatería
y el Juan de Dios había comenzado a vender sus cosas.
Se puso con una mesa afuera del almacén de la Palmenia
y vendía los trofeos de sus tiempos de lagarto.
Nunca supo poner precio a los objetos
y recibía lo que le ofrecieran
recuerdo que mi abuela me regaló un pequeño burrito de juguete
y para ella se compró unos anillos que brillaban relampagueando.

¿Te vas a ir?, le preguntó mi abuela
él le sonrió con ternura y dijo, *uno nunca se va.*

Las cosas estaban tristes
la desaparición de los árboles y el inmenso calor veraniego
hicieron de Porvenir un peladero seco.

Mi abuela enfermó
y se la pasaba acostada.
Ya no salíamos a regar las plantas

y a mí no me dejaban estar afuera
más que para ir a comprar donde la Palmenia.

Pocas noticias, no sabíamos mucho
las señoras no hablan con los niños
y apenas empezaban a despedazar el día con sus palabras
me miraban como para que me fuera.
Lo que escuchaba, lo hacía a traición
escondido, o haciéndome el leso
pero eran solo cosas inconclusas
sin mi abuela los secretos de la población eran demasiado grandes para mí.

*En la casa de los Panteras, escuché un día
se va a armar la grande.*

Las señoras decían que el Emanuel iba a echar al Juan de Dios
que porque la niña esa, la embarazada, le había echado el ojo al Pantera.
Preguntaban, *¿y de quién es el hijo?*
eso es lo que no se sabe, respondía la Viuda del Simón.
y agregaba, pero yo creo que no es del chico, sino del mayor.

Los ánimos estaban difusos
en la casa de la esquina el Juan Pantera miraba hacia el mundo
con cara de perro triste.
Se había enfermado o algo le pasaba
caminaba como con peso
y sus ojos estaban perdidos
el sol le había ennegrecido la piel
se parecía tanto a su padre que a veces la señora Gloria le decía Negro.
Apenas se le notaban los tatuajes del Colo Colo
y las cicatrices parecían habersele hinchado.

Una mañana cuando las tres mujeres volvían de su vuelta mañanera
lo vieron ahí, como si fuera a morir ese mismo día
la María lo saludó
la Señora Gloria pasó sin mirarlo
la Celeste, que entró de las últimas, sintió compasión por su rostro
y lo abrazó diciendo, *Dios te ama Juan.*

El Pantera se largó a reír
pero esta vez no dijo nada ingenioso.
Solía tener una respuesta para cualquier cosa que le dijeran
era ágil de mente, o lo fue mientras duró su luz.

El Emanuel miraba por la ventana con cara de monstruo
en su espíritu creció un volcán imposible
las dudas lo arrinconaron contra el pánico
destruyó la cama improvisada del Juan de Dios, y le tiró sus cosas a la plaza. El Pantera lo observaba desde donde la Palmenia y no dijo nada. Los vecinos salieron a tratar de detener al Emanuel, pero no se pudo hacer mucho. Estaba demasiado herido por la locura como para escuchar a otro que no fuera el demonio en su cabeza.

Entonces se miraron.
A lo lejos, los ojos del Emanuel buscaron los del Juan de Dios
y los encontraron tristes
con la decepción de quien va perdiendo el cariño.
Te voy a matar, le dijo el Emanuel con la mente
y en su corazón, el Juan de Dios entendió la promesa de su hermano.

El Pantera recogió con paciencia sus cosas
y las llevó dentro
de vuelta al cuarto que había sido iglesia.
Uno de los Cabros del Fondo, que había sido un Pantera
pasó por allí y le ayudó.
Después se sentaron a tomar cerveza en la cancha
recordando las historias viejas
al Moisés y a los otros muertos.

Un día nadie se va a acordar de los Panteras
dijo el de los Cabros del Fondo.
Un día nadie se va a acordar de nadie, respondió el Juan de Dios.

El Emanuel no era como el Juan de Dios
y la Celeste se había dado cuenta.

De noche, el marido se le escapó de la cama
y ella lo vio sacar un bulto escondido de debajo del velador.
Respiraba como si se fuera a morir
salió de la habitación ocultando quizás qué plan.
La evangélica tembló, sola en ese cuarto
temía haberse casado con un cobarde.

Los ojos se le estremecieron al Emanuel
no parecía ya el muchacho que cocinaba sopaipillas con su madre
ni el asustado enamorado rogando que la mujer no se le fuera.
Ya no era un hermano de la iglesia
y dejó que la ira lo consumiera por dentro.

Cuando sacó el arma la sintió diferente
como si en sus manos cargara el peso interminable de la culpa
pero supo que no había más tiempo.

Se acercó como una cucaracha jadeante, avanzando con estrépito hacia el
cuarto de su hermano. Apuntaba hacia delante. Convencido. Pero no se
cercioró de las balas, ni de la manera precisa en la que debe ser levantada
una pistola. Se le arqueaba hacia el suelo, como si fuera a caérsele.

El Juan de Dios no era como el Emanuel
dejaba la puerta sin trancar
y dormía con las ventanas abiertas.

El Emanuel no tropezó con impedimentos
le temblaban las manos
pero su rabia fue más fuerte que el miedo.

Entró en la habitación del Pantera con la certeza de que un solo disparo
acabaría con todo. Pero allí, en la que había sido la casa de Dios, encontró
a su hermano colgando de una de las vigas.

Llevaba muerto unas horas.

Hasta esto me quitaste maricón.

Este libro se escribió en Cunco durante la primavera de 2024
tenía yo 28 años y el recuerdo del Juan de Dios comenzaba a borrarse
de la cabeza.

